

PREGON CARTEL SEMANA SANTA 2004

Introducción.

¡Viva Dios! Decía un cofrade
Al terminar su pregón.
Pregón de balcón, sentido;
escrito con emoción,
que entusiasmaba a Campillos,
llegándole al corazón.
Resumía en sus versos
su profunda devoción
al Santo Entierro de Cristo,
nuestro Padre, Redentor.

He querido, en mis primeras palabras, como la mayoría de vds. habrán supuesto; aludir a un querido cofrade, Andrés Mesa Espinar, que desde hace ya algunos años nos contempla desde el cielo. Un frío mes de Noviembre su corazón se paró. Nos dejó súbitamente, de manera callada, casi sin despedirse; como en su caso, no podía ser de otra manera.

He querido traerlo a la memoria, porque él, en su existencia y ausencia, ha sido reiterada fuente de inspiración en mis recuerdos.

La muerte, siempre difícil de aceptar, cuando nos reclama de modo rápido, inesperado; es tal vez más generosa para con los seres queridos. Todo se sufre de una vez, de golpe. Pero evita la terrible desesperación que nos produce

Cuando se la ve venir, insidiosa y acechante, sin solución, esperada y sin esperanzas.

Cristo sufrió un gran martirio, y lo aceptó, habiéndolo podido evitar. Sabía que, su ejemplo, era un claro mensaje a toda la humanidad.

Como decía San Agustín: Quién ama a Cristo no puede tener miedo a encontrarse con El.

Cristo en su palabra nos dice que algún día resucitaremos, para gozar, a su lado, en el cielo, junto a nuestros seres queridos.

Saludo y agradecimiento.-

- Reverendo Sr. Cura Párroco, D. Miguel.
- Excmo. Sr. Alcalde
- Dignas autoridades.
- Sres. Jefes de la Xª Bandera de la Legión
- Hermanos en la fé, representantes de las cofradías de Campillos.
- Queridos paisanos y amigos.
- Señoras y Señores.

A todos buenas noches y muchas gracias por su presencia en este acto.

Una tarde del pasado mes de Enero, sonó el teléfono en casa. Casualmente, atendí yo la llamada; al otro lado, mi apreciado mayordomo José Romero. Tras saludarme cariñosamente, me dijo: ¡Paco! ¡Tu hermandad te reclama para que presentes el cartel de la próxima Semana Santa! Me quedé atónito.

Tras unos balbuceos iniciales: bueno..., no sé....; acepté.

En aquel instante no fui consciente de la gran responsabilidad que acababa de contraer para con mi hermandad y mi pueblo.

Tras colgar el teléfono, sentí una mezcla de emoción e inquietud, tal vez, desasosiego, pues una difícil tarea se me presentaba con un horizonte no muy lejano.

Inmediatamente, se me vinieron a la memoria los magníficos pregoneros que me han precedido en éste sagrado lugar.

Todos han calado profundamente en lo más hondo de nuestros corazones, lo cual añadía una mayor dificultad.

Antonio Alés, historiador documentado y versado bibliófilo en su texto literario. De hecho, ha sido designado pregonero para la Semana Santa de éste año.

Nuestro admirado Paco Caballero con su literatura y poesía reconocidas e inigualables.

Rafael Anguita que, magistralmente, relató el profundo impacto que le causó nuestra procesión y la emotividad con que la vivió.

El año pasado, Juan Manuel Morgado nos deleitó con sus saetas del alma, cuyo eco aún resuena entre estas paredes de Dios.

¿Qué puedo decir yo?

Todos han glosado, magníficamente, los distintos carteles que se han elegido para representar, en una imagen, el profundo sentimiento que nuestra hermandad atesora.

Por todo ello, quiero expresar mi más profundo agradecimiento a la Junta de Gobierno de la Real, Ilustre y Muy Antigua Archicofradía y Hermandad del Santo Entierro de Cristo y María Santísima de las Angustias, por haberme honrado con el inmenso honor, que para mí supone, relatar las emociones que pueda sentir al contemplar este cartel.

De manera particular, a mi predecesor en éste menester, Juan Manuel Morgado, que a través de mi querido mayordomo, José Romero, tan inmerecida loa me ha dedicado con sus palabras.

Espero que mi torpeza literaria, no me impida exponer lo que realmente bulle en mi mente, y de manera especial en mi corazón.

Tal vez, los humanos, por no haber gozado aún de la resurrección a la vida, durante nuestra existencia nos obsesionamos más con la muerte. Nos centramos con gran intensidad en la muerte de Jesús hecho hombre, que quiso sacrificarse para hacernos más fácilmente entendible el sentido de nuestra vida terrenal, que ha de tener un fin, para posteriormente, poder gozar en el Cielo, en el regazo de Dios.

La muerte, siempre rodeada de misterio, representa un tránsito a lo desconocido que nos hace sentir débiles e indefensos.

Quizás, por este motivo, cuando penetremos en ese fulgor intenso, que han descrito las personas que han retornado a la vida, tras “rozar de puntillas” los umbrales del cielo, necesitemos a nuestros seres queridos, para que nos ayuden a soportar el terrible momento de soledad que nos invade, tras la pérdida de un ser amado.

Por eso, Campillos que bien lo sabe, despide a Jesús de manera multitudinaria. Acompaña en el sufrimiento a su Madre, Dolorida y Angustiada, que derrama sus Lágrimas, y que al sentirse Socorrida por su pueblo, mantiene la Esperanza de que, a los tres días, se reencontrará con su Hijo en el glorioso momento de la Resurrección.

Recuerdos.-

De pequeño, a la edad de 8 ó 9 años, es posible, que incluso aún más niño, solía visitar esta Santa Iglesia, la mayor joya de Campillos, casi a diario, pues ejercí de monaguillo, aunque no podría precisar la duración de tal dedicación.

Una de las encomiendas de aquel cargo, aparte de ayudar al sacerdote en las misas a diario, era figurar en el frente de los desfiles procesionales portando un cirial de gran altura y relativo gran peso, el cual resultaba difícil mantener en vertical.

Fueron estos desempeños mi primer contacto con los desfiles procesionales de nuestra Semana Santa.

Recuerdo, que por aquel entonces, todos los tronos salían de ésta Iglesia, salvo el Santo Cristo y María Santísima de los Dolores que lo hacían ya, como en la actualidad, del tinglado que, a tal efecto, se prepara en la calle Santa Ana, contigua a esta Iglesia.

Acudía a las procesiones muy contento, aunque pronto, el peso del cirial hacia mella en mi limitada condición física y los metros finales hasta alcanzar la calle Vallejos (la gacha de toda la vida), se me hacían interminables. La presencia eclesial en nuestras procesiones, concluía en aquel punto. Lo que, a esas alturas de la procesión, para mí suponía todo un alivio.

Curiosamente, las tardes del Viernes Santo no me eran muy gratas. El color morado de la mañana se tornaba negro adornado de amarillo y se adueñaba de las calles.

Los capirotos y túnicas negras, las capas aún más negras junto con las banderas negras sobre fondo blanco, a las que el viento ponía música, me infundían un ánimo triste.

El ambiente especial de Campillos en la Semana Santa se hacía aún más especial la noche del Viernes Santo.

Las paredes de las calles por donde pasaban los cortejos procesionales, revestidas de cal en los días previos, lucían un blanco resplandeciente que contrastaba, más si cabe, con el negro que teñía la noche.

Los hornos de las tahonas habían cocido a destajo multitud de magdalenas para agasajo de nativos y foráneos que, en gran número, volvían a su pueblo en estas fiestas.

La gastronomía propia de la época, a base de potajes y tortillitas de bacalao, impregnaba de un olor característico nuestras casas. Por fortuna, estas costumbres, aún hoy se mantienen, para deleite nuestro y de los muchos familiares residentes en otras latitudes, que no faltan a la cita con nuestras Imágenes.

Todo esto confiere a nuestra Semana Santa una singularidad especial, y la tan referida estética de los colores, sabores y olores de la Semana Santa adquiere en Campillos una especial relevancia.

Como decía Santo Tomás: Lo bello viene de Dios y nos lleva a Dios, porque lo bello agrada...

Primeras vivencias de la Semana Santa.-

Las primeras vivencias, con toda la acepcionalidad de la palabra, de las que soy consciente, se remontan a mi etapa de monaguillo.

Mantengo de aquella época, cuál de si ahora mismo se tratara, una visión que me sitúa en un desfile procesional cualquiera en la calle Real, a la altura de Salgueros (Campano de toda la vida). Desde aquella pequeña atalaya de privilegio, volvía la cabeza atrás y divisaba, realmente poca cosa, pues por mi escasa estatura, sólo veía a los penitentes que se situaban tras de mí, y que, en largas filas, se perdían en mi limitado horizonte.

Siempre me sentía frustrado, pues pretendía ver a Jesús en su borriquilla, de infantil niño Chiquito con su preciosa melena y grácil figura, con la pesada Cruz sobre su hombro, camino del Calvario, bello rostro el de “mi” Jesús que ilumina la mañana del Viernes Santo, Crucificado, con su imponente semblante, magníficamente tallado, clavado en la Cruz, coronado de espinas y herido en el corazón, en la impresionante noche del Jueves Santo, y en su Sepulcro, solemne, con expresión serena, que resultaba imponente y turbadora de mi ánimo.

Tal vez, en algún momento, podía vislumbrar alguna de éstas imágenes, pero no las podía distinguir con nitidez por la lejanía en que se me mostraban.

Lo que nunca alcanzaba a ver, si quiera, era a “mis” Vírgenes (De Gracia y Esperanza, Socorro, Dolores, Lágrimas y Angustias), pues la magnitud de los cortejos Procesionales hacía que la distancia, desde mi posición hasta el trono de la Virgen, fuese insalvable a mi retina.

Esto también me producía cierta desazón, pues anhelaba ver a la Virgen, aquella Madre Divina, refugio de mis miedos y centro de mis oraciones antes de ir a la cama.

De esos años, recuerdo, de manera especial, una tarde de Viernes Santo, con un cielo salpicado de nubes. Me asomé al portal de mi casa, en la calle Santa Ana, al reclamo de unos tambores que adivinaba venían por la calle San Benito (de “En medio” de toda la vida). Vi pasar un penitente, con una gran túnica negra y un largo capirote, aún más negro. Esto me hizo detener, e incluso retroceder unos pasos, en mi jubilosa carrera para ver los tambores que cada vez presentía más cerca.

Me quedé inmóvil en el escalón del portal, y aquella conjunción de colores negros, en el cielo, en la gran capa de aquel penitente sacudida por el viento, junto con el estruendo hondo del bombo de la banda de tambores, me hizo sentir una mezcla de miedo y respeto, un intenso escalofrío, sólo aliviado por los vibrantes sonidos de los toques de las cornetas, que ya lejanos, se dirigían, pensé, al acompañamiento, espectacular acompañamiento que precede a la procesión del Santo Entierro.

Aquel momento, para mí tan emotivo, ha quedado tan bien grabado en mis neuronas que, probablemente, constituya el primer vínculo emocional con la Hermandad del Santo Entierro de Cristo y María Santísima de las Angustias a la que, con orgullo, me honro pertenecer.

También viene, a mi ya saturada memoria, el recuerdo del traslado de los Tronos del Sepulcro y de la Virgen, desmontados de varales, marcados por numerosas huellas en sus maderas, de otros tantos roces, con el dorado deslustrado por el paso de los años, que se realizaba en los días previos a la Semana Santa, desde la casa que los cobijaba hasta ésta Iglesia. Aquellos traslados siempre despertaban mi curiosidad, pues albergaba la ilusión de que algún día, no muy lejano, participaría en estas tareas.

Fue una tarde-noche de un día en que se realizó éste traslado, siendo ya un poco mayor, con 14 años, cuando en ésta Iglesia, venciendo mi timidez me acerqué al capataz de la Virgen, José Guerrero en aquel entonces, para pedirle, si era posible, pudiese yo participar en las labores de traslado y ubicación del trono entre las columnas de la Iglesia, delante de su capilla. José Guerrero asintió con la cabeza y me soltó con agrado y a su manera un rotundo: ¡Pues, claro!

Se me iluminó la cara. Aquella aquiescencia constituía un primer paso para algún día, no muy lejano, poder llevar a cabo el sueño anhelado desde hacía mucho tiempo, ser sayón del Trono de la Virgen, y poder ver de cerca a aquella Madre, tan venerada, a la que apenas podía vislumbrar cuando salía de monaguillo.

Aún recuerdo el primer año, cuando tras una desenfadada carrera hacia la Iglesia, tras el acompañamiento, a empujones, conseguí hacerme con un hueco en un varal del trono.

Recuerdo la íntima satisfacción que me produjo aquel logro, y también la cara de algunos que no pudieron conseguir el objetivo, a pesar del gran empeño puesto en ello. Por aquel entonces, no había puestos previamente asignados en los varales, y al ser ésta Hermandad, la única que procesionaba los tronos a hombros, había muchos hermanos de todas las cofradías que hacían promesas de portar los Tronos de Nuestras Imágenes, confiando en que algunas de sus peticiones y rogativas se llevasen a cabo.

Aún siento un regusto de satisfacción cuando aquel año, creo recordar fue 1974, por primera vez pude llevar el Trono de “mi” Virgen y tras haber podido cumplir no sé que promesa, me sentí plenamente feliz y reconfortado cual si un objetivo, antes inalcanzado, se hubiese consumado.

Tras el toque de campana, cuando el Trono se detenía, me volvía hacia la Virgen, “mi Virgen de las Angustias” y en aquel momento, que la veía tan cercana, tan bella, tan hermosa, no acertaría con las palabras para contaros aquel indescriptible momento. Quedaba tan reconfortado, tan lleno de paz, tan abstraído, que no podía siquiera decirle a la Madre, lo orgulloso que me sentía, ahora que la tenía tan cerca.

¡Ay! Virgen de las Angustias
Virgen de mis emociones,
refugio de mis temores,
súplica de mis perdones;
te siento ahora tan cerca.
Afligida tu belleza,
sufriendo calladamente.
A los pies de la cruz vas,
detrás de tu Hijo, Muerto.
Tus ojos son fiel reflejo
de la agonía que padeces.
Al tenerte tan cerca,
quedo tan impresionado,

no puedo, ahora, ni rogarte
por aquellas tantas cosas
que deseaba suplicarte.
¡Ay! Virgen de las Angustias
te siento ahora tan cerca.

Han transcurrido 30 años desde entonces y, a pesar, de que el tiempo va atemperando las emociones, en mi caso, les aseguro que las siento como cuando tenía 14 años.

Para la mayoría de nosotros, la Semana Santa, está presente en nuestras vidas durante todo el año, constituyendo uno de los referentes en nuestro quehacer diario.

Entre los muchos recuerdos, quiero significar, especialmente, a una persona que siempre me produjo una emoción especial, porque él, en sí mismo era, en lo referente a Semana Santa, pura emoción y sensibilidad, y que me inculcó esa pasión necesaria para expresar con intensidad las emociones hacia los seres y las cosas que amamos.

Me refiero a mi querido y recordado Andrés Mesa, una de cuyas mayores constantes en su vida, fue la Semana Santa.

Momentos antes de su fallecimiento, mi mujer, entonces embarazada de mi hijo Sergio, y yo, fuimos a visitarle al hospital y recuerdo que nos dijo: A éste, (tocaba el vientre de mi mujer), cuando nazca lo llevaré en el varal, atado junto a la campana del Trono, para que pronto se vaya impregnando de la esencia que significa el Santo Entierro.

Tal vez esa concepción de la vida, con omnipresencia de Nuestros Sagrados Titulares, es lo que convierte a la Nuestra y, demás Hermandades en general, en auténticos reclamos, para que la fé y el amor a Cristo nos hagan ser cada día mejores en nuestras acciones y comportamientos.

El cartel de la Semana Santa 2004.-

El cartel anunciador de la noche del Viernes Santo de Campillos, sugiere una mezcla de sensaciones que, a mi parecer, ilustran, certeramente, la conjunción de elementos que integran Nuestro Desfile Procesional, que tanto realce ha alcanzado, figurando ya con nombre propio allende los límites de nuestro pueblo.

Ciertamente, desde hace ya bastantes años, la procesión del Santo Entierro de Campillos, con todo lo que conlleva, suscita gran interés y se ha

constituido en un referente importante en la Semana Santa de nuestra provincia.

Lo es, sin duda, por méritos propios.

Muchos visitantes venidos de diferentes ciudades y pueblos de Andalucía, y de otras regiones, se han sorprendido gratamente de la Semana Santa de Campillos en general, y han quedado profundamente impactados por la gran noche del Viernes Santo.

La grandiosidad de Nuestro Desfile ha ido despertando, cada vez más interés y, año tras año, va en aumento el número de visitantes que se acercan a nuestro pueblo.

Todos marchan sorprendidos del acompañamiento, singularidad de nuestra Semana Santa, de los grandes y preciosos tronos, de la calidad de las bandas de música, de los legionarios y, sobre todo, del sentimiento y fervor tan acendrados con que vivimos Nuestra Procesión.

El cartel es una síntesis de los diversos motivos que integran de manera ordenada y colorista Nuestra Procesión, y que le imprimen una estética refinada y bellísima, resultando ante nuestros ojos un conjunto escénico ante el cual es difícil sustraerse.

La bajada por la Calle San Sebastián de la Virgen de las Angustias, tan hermosa, en su gran Trono barroco dorado, a los pies de la Cruz, rodeada de claveles rojos de sangre y blancos de pureza, andando muy despacito, al compás de un tambor.

El majestuoso trono donde yace su Hijo, inerte, esperándola en la plaza.

Los legionarios impertérritos, dispuestos entre ambos tronos.

Las filas de Nazarenos perfectamente alineados, con sus banderas al viento y sus cirios rojos, con la llama avivada por la suave brisa de la oscura noche.

Esta estampa es, en sí misma, inigualable.

La conjunción de colores dorado, negro, amarillo, verdoso, rojo, blanco, es difícil que no conmueva a nuestras retinas.

El ancho trono dorado, con la minuciosamente tallada urna que acoge la figura yacente de nuestro Señor, descansando sobre cuatro reverentes

ángeles, a la tenue luz de otros tantos estilizados cirios que iluminan su camino doloroso, constituye un conjunto ciertamente impresionante.

La magnífica talla de Cristo en su Santo Entierro que impresionó a su autor, Palma Burgos, se ve arropada por sus esforzados hermanos, con sudor a luto, que con tanto mimo y cariño lo mecen y pasean por las calles de su pueblo, suavemente, casi sin andar.

Va escoltado por las banderas que ondean al viento frío de la noche, resultando una de las máximas expresiones estéticas de nuestra procesión.

En la calle Real, las campanas de la Iglesia tocan a muerte, y una oración legionaria se une al momento sublime, cuál es la elevación del trono por los emocionados hermanos, que con sus brazos, a pulso, lo quieren situar más cerca del Cielo.

El pueblo de Campillos, emocionado y en silencio, contempla la escena, los corazones palpitan, sintonizando con la grandeza este singular acto.

Un penitente, impecablemente vestido, oculto en su capirote, con túnica y capa negras, contempla con visión borrosa, por las lágrimas surgidas de la emoción, ésta maravillosa conjunción. La tenue luz del farol que sostienen sus manos, simboliza la intimidad con que todos vivimos esos instantes.

Los legionarios, marciales y solemnes miran al cielo divino, absortos, balanceándose sobre sus pies firmes y pegados al suelo, sumándose así al misterioso silencio.

Cristo hombre, tras su muerte, en su camino hacia el Cielo, se detiene, un instante, junto a la torre de la Iglesia, emblema de nuestro pueblo, y desde aquella atalaya, contempla misericordioso como su pueblo, rendido a sus pies, lo ensalza.

La composición de imágenes que ilustran éste cartel, que resalta por su gran cromatismo, me aviva los recuerdos y, de manera emocionada, me acercan al Viernes Santo, un Viernes Santo cualquiera.

Un Viernes Santo cualquiera.-

Muchos recuerdos que, año tras año, se han ido almacenando en mis neuronas, me retrotraen a los muchos Viernes Santos intensamente vividos, y que, sin poder precisar fechas concretas, acontecen más o menos del modo que mi memoria me dicta:

Alrededor de las cinco de la tarde, de un Viernes Santo cualquiera, acudo puntual a una cita, cuál de un ceremonial se tratase.

Mi padrino en mi matrimonio, Pepe Palacios, se va a vestir de Consiliario. Da vueltas por su casa, sin objetivo concreto, realizando comentarios jocosos sobre cosas intrascendentes. Ya aparece con la chaqueta de terciopelo negro, de entorchado amarillo en las mangas, con escudo de la cofradía, bordado con hilo dorado en la pechera, a la altura del corazón. Mantiene, consigo mismo, un soliloquio al cual somos ajenos. En una nueva aparición, en el salón de su casa, luce medias negras y pantalón bombacho, anudado en las piernas, por debajo de las rodillas.

Mi madrina, María, pacientemente, le conmina a que se dé prisa, pues pronto lo vendrán a buscar otros Consiliarios, con los que se ha citado.

El, haciendo caso omiso, continúa con su vestir parsimonioso, hasta que reclama a mi madrina para que le anude los múltiples lazos de colores del fajín, muy ancho y preciosamente bordado, que se ha colocado en la cintura, de manera prieta y le otorga cierto aire de respeto e impostura.

Ya llegaron otros Consiliarios, entre ellos su hermano Juan, y aún está descalzo, y continúa con su recorrido, sin sentido, por todas las dependencias de su casa.

Se calza unas peculiares zapatillas negras, con gran broche a modo de hebilla dorada, que casi oculta el zapato, y que es motivo de gran risa por parte de mi hijo Sergio que, muy curioso, no pierde detalle del ceremonial seguido por su padrino.

Todos marchan ya al “cuartelillo”, pero, ¿cómo no? Mi padrino vuelve a casa, se ha olvidado su gorro, que a modo de capirote, terminado en punta y sin el cartón que le dé consistencia, ha de llevar sobre la cabeza, cuál si fuese una capucha que le cae sobre la espalda.

El “cuartelillo”, lugar de reunión durante todos los sábados de la Cuaresma, ha servido, además de para degustar las exquisiteces culinarias del sargento de Consiliarios, Pepe Vera, junto con la completa avitualla de Juan

Palacios, para confraternizar e ir preparándose para la importantísima misión que los Consiliarios tienen encomendada en la noche del Viernes Santo.

Por cierto, son conocidos los continuos reproches que hace Juan Palacios a su apreciado sargento, cuando éste es sorprendido con ese cigarrillo furtivo, imposible de evitar, pero prohibido para sus pulmones.

Me desplazo al “cuartelillo” y me impregno del ambiente jubiloso que allí se respira, todo son agasajos. Unos amigos de Málaga, que asisten por primera vez, se muestran sorprendidos y encantados con el ambiente que allí se respira.

Estos momentos, a nuestra manera, son vividos con gran intensidad.

A pesar de todo, hay cierta preocupación, pues, el cielo se muestra plomizo y se escuchan comentarios:

¡Nada, no pasa nada! ¡No os preocupéis!

Otro, incluso lo justifica: de todos modos, al Santo Entierro unas gotitas no le hacen nada mal, incluso es un buen adorno.

Entre miradas y remiradas al cielo, transcurren los minutos que desembocan en la hora convenida.

Los Consiliarios forman en la calle, con cierto aire marcial, como si de un pelotón se tratase, al son de la turuta, esa trompeta que les acompaña, bajo la atenta, vigilante y sugestiva mirada de su capitán, nuestro querido Manolo Florido, capitán perpetuo de los mismos y profundo conocedor y guardián de las tradiciones de nuestra Cofradía. Manolo, sabedor de las bromas que la “soldadesca” le gasta, se inviste de autoridad y les conmina a formar con respeto y marcialidad.

Al toque de la turuta, ponen rumbo hacia la calle Alta, acompasados de un solitario y repetitivo tambor, los 13, anuncian a Campillos que está próxima la salida procesional.

Yo, bastante emocionado, me dirijo a otro punto donde también se vive con gran intensidad el preámbulo de nuestra procesión.

El salón “el pozo” se halla ya perfectamente habilitado para agasajo de las bandas de cornetas y tambores, música y recepción de los legionarios que, posteriormente acompañarán a nuestros Sagrados Titulares por las calles de nuestro pueblo.

Aún falta algún tiempo para la hora del Acompañamiento.

Durante esa espera los hermanos allí reunidos comentan múltiples anécdotas de años pasados. Se echa en falta a muchos Hermanos, en el recuerdo de todos, y que no enumeraré para no olvidar a ninguno.

La intensidad va subiendo de tono.

¡Voy a recibir a la Legión!, exclama un emocionado Antonio Casasola recordando a su hermano Alfonso, gran Hermano Mayor que fue y que tanto disfrutaba estos momentos.

¡Ya ha llegado la Legión!, se oye a un Hermano gritar.

A la hora convenida, la calle Alta se va poblando de túnicas negras, capirotos negros, banderas blanquinegras, sayones con escapularios del Señor, otros de la Virgen, bellas mujeres con la clásica Mantilla Española, bandas de cornetas y tambores, banda de música y, como no, los legionarios que con paso presuroso, se abren camino entre la multitud, hasta ocupar su sitio en el acompañamiento.

Todos apretujados, pero cada uno en el lugar asignado.

A la hora estimada como propia, que no impone el reloj, sino las circunstancias, el Hermano Mayor da la orden de partida.

Los sayones jalean los vivas al Santo Entierro y a la Virgen de las Angustias. En ese momento, todas las ilusiones y anhelos mantenidos en espera durante todo un año, se hacen realidad.

La intensidad es máxima.

Con entusiasmo y anhelo
vibra ya mi corazón,
ya soy sayón del Señor.
En el acompañamiento espero
esa orden de partida
que da mi Hermano Mayor.
¡Ya partimos! ¡Ya nos vamos!
resuena como un clamor.
La calle Alta se achica
ante tan magno cortejo.
¡Venga ya, Consiliarios!
Con vuestro peculiar paso.
¡Desfilad con gran premura!
Que la legión se adelanta.

El pueblo espera en la plaza.
Ya no cabe nadie más.
Se oye “el novio de la muerte”.
¡Ya están ahí! ¡Ya se ven!

La gente en las aceras
impresionada comenta:
¡Que magnífico cortejo,
tiene Campillos presente!

El Santo Entierro en su casa,
espera pacientemente
el encuentro con su pueblo.
Allá, detrás, está su madre
la Virgen de las Angustias,
Reina de los campilleros.

Muchos niños, todavía ajenos a lo que representa, en verdad, la procesión,
se muestran impacientes por acudir a la cita con sus Sagrados Titulares. Mi
pequeña Mariola, muy inquieta toda la tarde, con su delicada voz, se une a
los vivas que jalean los sayones.

Los Consiliarios, auténtica seña de identidad de ésta Hermandad, abren
desfile con su peculiar paso, que atempera a todo el cortejo.
Tras ellos, se sitúa una banda de cornetas y tambores, con cascos plateados,
coronados de plumaje negro, en sintonía con el luto de la noche.

Campillos viste de luto
la noche del Viernes Santo.
Unos lirios acompañan
al Santo Entierro de Cristo,
en su urna acristalada.
Los legionarios vocean:
¡Soy el novio de la muerte!
con un quebrado ronquido
que sale de sus gargantas.
Las campanas de la Iglesia
suenan con toque de muerte.
El pueblo, en silencio, espera
la llegada del Sepulcro.
La calle Real expectante,
una oración se presiente.

El Señor se eleva a pulso.
La Virgen se muestra triste,
unas lágrimas le brotan
de sus grandes ojos negros .
Y Campillos, enmudece.

Un quejío rompe el silencio.
Los sayones enloquecen.
La saeta pone epílogo
al éxtasis compartido.
Campillos enaltecido
con aplausos lo agradece.

Los sayones del Señor, imbuidos de la gran misión encomendada, cuál es portar sobre sus hombros la urna del Santo Entierro, desfilan con ilusión. Grandes filas de penitentes portan cirios y banderas, que se saltean cada cinco y que, al ondear al viento, constituyen un vistoso espectáculo.

Las tropas legionarias, agrupadas en perfecto orden, marchan a un ritmo trepidante, que les hace detenerse, cada cierto tiempo, para permitir que avancen las secciones precedentes.

Tras los legionarios, los sayones de la Virgen, más de cien, que velarán porque la Divina Madre sufra lo menos posible.

Otra gran fila de cirios, abrigados por las capas, en la sección de la Virgen, y las clásicas mantillas de las bellas campilleras dan gran realce al cortejo.

Una marcha musical cierra este magno desfile. En él también figuran las representaciones oficiales de la ciudad y de las demás cofradías de pasión.

Este espectacular acompañamiento es esperado, ansiosamente, por todo el pueblo de Campillos y los muchos visitantes venidos de diferentes lugares que engrandecen la noche del Viernes Santo.

A su paso por la calle Real se oyen comentarios como:
¡Es grandioso! ¡Es largísimo! ¡Pero si aún se ven luces de las velas a lo lejos! ¡No acierto a ver el final!

Con el regusto de haber presenciado el multitudinario acompañamiento, los nativos y foráneos intentan acercarse a la calle San Sebastián en la que ya no cabe nadie, para ver la siempre emocionante salida de ésta procesión.

En las puertas de la casa hermandad ya resuenan con gracejo esas proclamas de los Consiliarios:

¡Santo Entierro de Cristo, quién pudiere! ¡Angustias de María Santísima, quién pudiere! Son ancestrales costumbres de pedida para sufragar los muchos gastos de ésta procesión.

Las grandes puertas se cierran y nuestro joven capataz se dirige a los sayones:

“Un año más, vamos a procesionar a Nuestros Sagrados Titulares. ¡Hacedlo, como vosotros sabéis!”

Con emoción contenida se guarda un minuto de silencio, en recuerdo de aquellos Hermanos que ya entregaron su alma a Dios.

Tras la breve pausa, se rompe el silencio.

Andrés resopla y lanza un desgarrado, sentido, e inimitable ¡Viva el Santo Entierro de Cristo! Este emocionado vítores tras pasa las puertas de la casa, y su eco avisa al pueblo allí congregado, de que estén atentos a lo que va a suceder, la indescriptible salida del Santo Entierro de Cristo, uno de los más esperados momentos de la Semana Santa de Campillos.

Se apagan las luces de la calle, sólo los cirios alumbran tenuemente, prestando la luz justa y precisa para el íntimo momento.

El chirriar de los goznes de las puertas es un preludeo.

Un silencio sepulcral se propaga por la calle.

El llanto de un niño suena, como un lamento.

La intensidad es extrema.

Las miradas convergen hacia la puerta.

Los remates dorados de los varales se asoman muy lentamente.

El trono se abre paso, entre las ajustadas columnas, portado por sus expertos sayones.

Suena el cornetín de órdenes.

Los legionarios se aprestan, rindiéndole los honores que marcan sus ordenanzas.

¡Despacio! ¡Muy despacio! ¡Con talento y bien llevao!

¡Como llevan los hombres al mejor de los nacios!

¡Silencio, pueblo de Campillos! Se canta desde un balcón.

El capataz con la cabeza hundida entre los varales, llora inconsolable.

¡La Honra y el Modelo de Campillos, ya está en la calle!

Un año más se ha producido esa tácita comunión espiritual entre padre e hijo.

¿Cómo te recuerdo? , Andrés
en tus mágicos momentos,
con tus grandes manos blancas,
sacudiéndose en el viento,
queriendo expresar al pueblo
lo que llevabas tan dentro
y que apenas lo intentabas,
con tu voz desgarradora,
tus lágrimas lo abortaban,
entre sollozos sinceros.

La noche del Viernes Santo,
te asomas por tu ventana
del inmenso firmamento,
para presenciar aquello
que hacías con tanto talento
la salida de “tu Entierro”
lo mejor del mundo entero.
Pero, orgulloso estarás,
pues, nos dejaste a tu hijo,
que con tu sabio consejo,
ya lo hace de admirar.

Tranquilo debes estar,
allá en tu alta ventana,
porque cuando tú lo ves,
seguro, que sonreirás.

El trono del Santo Entierro comienza su recorrido, con paso corto, despertando admiración entre los que le conocen y estupefacción entre los que lo contemplan por primera vez.

Los legionarios cantando “soy el novio de la muerte” le profesan su cariño, el Santo Entierro se aleja, calle abajo, entre auténtico fervor y respeto.

Sale la Virgen de las Angustias, portada por sus emocionados hermanos que la jalean y vitorean, como se merece, la más bondadosa y entregada de las Madres.

Este noble pueblo campillero la recibe en sus brazos, admirando sus grandes ojos negros, rebosantes de lágrimas emocionadas. Busca el consuelo de sus hijos para aliviar el inmenso dolor que padece.

Una marcha de música celestial acompasa el dulce momento de su salida.

¡Ay, Virgen de las Angustias!
Madre de los campilleros,
con tu serena belleza,
a los pies de la Cruz vas,
despertando admiración,
por las calles de tu pueblo.
Cuando te veo salir
se me encoge el corazón
y me quedo sin aliento.
De tus grandes ojos negros
brotan dos lágrimas blancas,
para limpiar los pecados
que tus hijos cometemos .
Te pido con humildad
que repartas tu bondad
a toda la humanidad.

Alrededor de las tres de la madrugada, tras haber bendecido a Campillos, los tronos retornan a su casa.

Entra primero la Virgen, cara al pueblo, en su gran trono de flores que con tanto cariño percibido, ha conseguido mitigar su dolor, y agradecida por éste consuelo, se despide, dándonos su bendición.

Al toque de oración hace su entrada el Santo Entierro. Momento muy emotivo, seguido con gran fervor.

¡Todo ha salido perfecto!

¡No se puede pedir más!

Los hermanos se felicitan mutuamente por el discurrir de la procesión.

Unas gotitas de fina lluvia, cuál lágrimas caídas del cielo, se han sumado a la noche luctuosa.

El Hermano mayor y el Mayordomo, los dos Josés, Valencia y Romero, se funden en un emocionado abrazo. Son objeto de numerosas felicitaciones. Leonardo Recio y Diego Mesa, Hermanos Mayores en otro tiempo, con sus miradas, asienten.

Los legionarios desfilan, rindiendo un último honor, ante sus Sagrados Titulares. A paso ligero, se pierden por San Sebastián abajo.

EL FINAL.-

Un año más, se ha producido el milagro de la íntima comunión entre Cristo, Su Madre y el pueblo de Campillos.

Así, lo expresa éste cartel.

Cristo satisfecho, con mirada serena y dulce, desde la torre de la Iglesia, bendice a éste pueblo fervoroso, que tanto amor le profesa.

Desde un balcón, se reviven,
con auténtica pasión,
aquellos versos del alma,
del que tanto los amó.

Una golondrina negra,
con su trino nos reclama,
un momento de atención.
¡Hasta el año venidero!
¡Salud para todos nosotros, y verte!
¡Viva Dios!

Yo os digo, con humildad:
Ha sido un inmenso honor,
pregonar este cartel.
¡Siempre lo recordaré!
Espero, haya sabido,
expresar con emoción,

todo el fervor que profeso
al Santo Entierro de Cristo
y a su amantísima Madre,
María de las Angustias,
Reina de mi corazón.

¡MUCHAS, GRACIAS!

Campillos 28 de Febrero de 2004

Francisco González Palacios